

ADIÓS A BRITANNIA

¿RUPTURA O NUEVA UNIÓN?

Han pasado veintiún años desde el original y fracasado referéndum de 1979 sobre la constitución de Asambleas legislativas propias en Escocia y Gales, de forma que quizá sea ya momento adecuado para echar la vista atrás y reevaluar aquel acontecimiento ¹. Los cambios en la estructura del Reino Unido que hace una generación eran tan sólo vagas perspectivas están materializándose ahora. Los inciertos remolinos de la década de 1970 se han convertido en los rápidos del 2000. Este año se publicó un libro con el título *The Day Britain Died* [El día en que murió Gran Bretaña]. En 1979 semejante título le habría valido a su autor, Andrew Marr, la consideración de embajador del país de los sueños. Pero en 2000 la calificación de lunático le corresponde más bien al nuevo responsable del área de información política de la BBC, sucesor del ultraequilibrado Robin Oakley y (antes de éste) del ultraesquivo John Cole.

Así se ha desarrollado la historia. ¿Adónde nos lleva? A medida que nos adentramos en los rápidos, algunos oyen aproximarse el estruendo de una gran catarata. Desde una perspectiva más amplia, todos sabemos muy bien que desde la década de 1980 otros torbellinos han originado grandes catástrofes y conflictos irresueltos, en Indonesia, en Europa del Este, en Sri Lanka y en otros lugares. Así pues, ¿por qué no también aquí? El escenario más ampliamente debatido acerca de esas desastrosas evoluciones viene a ser algo así como éste: el Reino Unido ha comenzado a «resquebrajarse», abriéndose en él grietas que separan diversos campos nacionalistas enfrentados. Parte de esta disgregación se remonta a la década de 1920 –Irlanda del Sur– pero lo más grave está todavía por suceder. Puede que se haya emprendido una operación de rescate en Irlanda del Norte; pero si bien parece que por el momento funciona, no es muy probable que sea perdu-

¹ Artículo basado en una conferencia organizada por el Barry Amiel y Norman Melburn Trust en la *London School of Economics* en mayo de 2000. Aprovecho esta ocasión para expresar mi gratitud a los organizadores por la oportunidad que me ofrecieron en su reunión anual. He añadido algunas observaciones en contestación a las críticas de mi libro *After Britain* de J. G. A. Pocock y Francis Mulhern, que aparecieron en *NLR* 5, Londres (septiembre-octubre de 2000).

nable. En la isla «grande», la devolución de poderes a Escocia y Gales probablemente alimentará más que atenuará el ascenso de la política nacionalista. Por muy apacibles que se muestren los nuevos Parlamentos de Edimburgo y Cardiff, más pronto o más tarde acabarán por enfrentarse al Estado británico, provocando así una animosidad compensatoria o de reafirmación en Inglaterra.

A partir de la analogía con Serbia o Rusia, una elite resentida y degradada (o incluso humillada) tratará entonces de preservar su papel privilegiado, y si no lo consigue, de cobrarse venganza por otros medios. El sentimiento populista de «¿qué pasa con nosotros?» se fomentará de la forma acostumbrada en la prensa amarilla, y es probable que sea aprovechado políticamente por partidos y líderes venidos a menos o que sin él se verían abocados a la marginalidad. No está claro, en esa perspectiva, quiénes desempeñarán el papel de Bielorrusia, Bosnia o Chechenia. Pero lo que sí lo está es que cualquiera que sea fácilmente identificable como enemigo interno o quintacolumnista lo pasará mal. Las grandes minorías inmigrantes en Inglaterra serán las que se lleven la peor parte. Podría haber una metástasis de lo que Darcus Howe llamaba, en *The White Tribe [La tribu blanca]* «la mentalidad de Dover» («la marca de la bestia»); volveré más adelante sobre la cuestión de ese eventual crecimiento del racismo, y qué es lo que puede alentarlo (o detenerlo).

A veces se recurre a la fórmula de las «cuatro naciones», refiriéndose a las supuestas cuatro etnias principales de las Islas². Resumiendo, se puede considerar que esa fórmula sugiere que, quizá no muy tarde mientras que miles de personas se precipitan hacia Heathrow para regresar a su hogar en Jamaica o Pakistán, Jean Marie Le Pen se dirigirá a la Cámara de los Comunes, para disertar acerca de su tema favorito: «*Duc Guillaume jusqu'à Guillaume Hague: racines d'une vraie Alliance européenne*» [«Del Duque Guillermo a Guillermo La Haya³: raíces de una auténtica alianza europea»]. Ese mismo día, más tarde, el señor Le Pen se pondrá la toga de armiño para recibir junto a Vladimir Putin el título de Lord Honorario de la Segunda Cámara reestructurada.

La ironía es demasiado fácil, ya lo sé, cuando se trata de temores verdaderos, reforzados por la actuación de gamberros con navajas, bombas incendiarias y discriminación institucional. Entonces, ¿cuál es la alternativa? ¿Qué otros escenarios podrían ocupar con mayor provecho nuestras mentes para ese momento «después de Gran Bretaña» o «más allá de la tribu blanca»? Y más concretamente –que es lo que la mayoría de la gente quiere saber–, ¿son esos otros escenarios más esperanzadores y más probables?

² Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales, como se solía recitar en las aulas. De hecho, había al menos siete, pero en aquella época nadie se tomaba la molestia de mencionar la isla de Man, Jersey o Guernsey. Y por supuesto había muy pocos inmigrantes para matizar o alterar el viejo mapa.

³ William Hague, líder del partido conservador, miembro del Parlamento por Richmond (Yorkshire) desde 1989. [N. del T.]

La maldición del modelo

Aquí nos encontramos con un extraño problema. No sólo existen alternativas, sino que hay tantas que se necesitaría un diccionario de futurología para orientarse. Esos deslumbrantes modelos nos presentan invariablemente unas Islas y un planeta muy pulcros, en los que se ha exorcizado al ogro del nacionalismo. En otros ejemplos más recientes se ha exorcizado también a la Organización Mundial de Comercio, y la historia tal como la conocemos ha llegado a su fin. Desgraciadamente al mismo tiempo ha concluido con ella, de algún modo –bastante inquietante–, lo que Ted Hughes llamaba «el salado sabor de la realidad». El muy sano regionalismo; la subsidiariedad (en la liturgia de la Unión Europea); el federalismo y sus cincuenta y siete sub-especies (asimétrico, jerárquico, confederal, asociativo, etc.)... Por muy diferentes que parezcan sobre el papel, todos esos planes parecen mejores que el monótono y pasado de moda Estado-nación. Todos ellos garantizarían la satisfacción (y con ella la eliminación) de los supuestos impulsos atávicos de la desenfrenada naturaleza étnica humana: racismo, comunismo, nacionalismo... y sus insoportables consecuencias políticas. Y sin embargo todos ellos se evaden de algún modo del universo siempre desconcertante que efectivamente habitamos, el mundo del desarrollo desigual y de los colapsos y epifanías imprevistos que se producen en él periódicamente.

Nunca he ocultado mi preferencia personal por unas Islas (y una Europa) reestructuradas, con repúblicas más pequeñas, pero no serviría para nada añadir meramente otro esquema como los anteriores a la panoplia del utopismo. En vez de eso, creo que resultaría más provechoso considerar una o dos cosas que han ocurrido efectivamente, planes que han abandonado el pizarrón para hacerse realidad, y algunas otras cosas que ni siquiera se planearon pero que están sucediendo, y que pueden ser incluso más importantes. ¿Acaso no estarán apuntando más eficazmente hacia una vía o unas vías diferentes? Es decir, vías para avanzar hacia una «Gran Bretaña» alternativa, que no será –creo que se puede estar razonablemente seguro de ello– ni el antiguo régimen estatal unitario que todavía persiste bajo el blairismo, ni su simple fragmentación en Estados étnicos separados.

En sus comentarios sobre *After Britain* en *NLR* 5, John Pocock señalaba con razón cuán absurdo le parecía decir tan poco acerca de las relaciones entre el Reino Unido e Irlanda. Aunque no quepa considerar esto como una réplica, repetiré aquí que no se debía a que no creyera importante el tema, sino por el contrario a que algo de tanto peso no podía simplemente añadirse a un libro que se ocupaba casi exclusivamente de las relaciones entre Escocia e Inglaterra. Pero al día siguiente de firmarse el Acuerdo de Belfast sí que añadí un «reenvío» a mi página web, una imagen de la fachada de nuestra casa irlandesa cubierta de hielo, mientras nuestra desconcertada gata Rosie esperaba impaciente que se la dejara entrar en ella de nuevo. Otros pueden recordar que en la mañana del 10 de abril de 1998 el invierno volvió tras la Pascua como si el orden de las estaciones se hubiera invertido. La ima-

gen que aparecía en mi página era una indicación del ánimo político con el que valoraba entonces la situación, y así permanece.

Irlanda del Norte

El acontecimiento más importante sucedido en Gran Bretaña desde 1997 es, con diferencia, Irlanda del Norte. Hasta que se aceptó el Acuerdo de Belfast, casi todo el mundo creía (aunque no todos lo reconocieran) que no se hallaría nunca una fórmula política capaz de satisfacer a ambos bandos. Uno de los principales analistas de Irlanda del Norte, el sociólogo Steve Bruce, daba fin a su estudio de los protestantes del Ulster, *The Edge of the Union [La ventaja de la Unión]*, concluyendo que la grieta entre ambas comunidades era de carácter «étnico», lo que implicaba en aquel momento que estaba enraizado en diferencias insalvables, para las cuales las únicas respuestas posibles eran la existencia separada o el antagonismo implacable. Una sociedad semejante sólo se podía gobernar, por lo tanto, desde fuera, como una colonia o un protectorado, o bien tendría que dividirse en unidades prácticamente autónomas (ya se las llamara cantones, naciones, «comunidades» o de cualquier otra forma).

Pero hoy día es muy poca la gente (y menos aún los comentaristas ajenos o desinteresados) que acepta tal descripción. Como es igualmente obvio, nadie puede estar seguro de que la nueva Asamblea constituida en el Norte vaya a seguir funcionando siempre como se especificaba en el Acuerdo, de que no surjan «acontecimientos», en el sentido tan particular que daba a esta palabra Harold Macmillan, que la desvíen de esa ruta marcada. Con todo, lo que tiene mucha mayor importancia es el eventual carácter de esos «acontecimientos»: nadie sabe todavía cuántos psicópatas quedan en condiciones de actuar en Irlanda del Norte, ni siquiera de cuánto *semtex* o de qué potencial de fuego disponen. Siguen siendo posibles atrocidades y reacciones, que podrían aún trastocar el proceso. Pero aun así ésa es una duda muy diferente y que afecta menos seriamente a los recientes acuerdos. Las bandas de gánsters son una cosa, y la movilización nacionalista efectiva otra muy distinta. Si el nuevo sistema se muestra eficaz en la práctica, es bastante probable que se mantenga. La Asamblea de Irlanda del Norte no debería haber sido suspendida en la primavera del año 2000, y es muy poco probable que vuelva a serlo. Y esta nueva realidad entraña la viabilidad de nuevos principios. Lo que a su vez sugiere –creando todavía más desconcierto– un cambio de ambiente más profundo, capaz de sostenerlos.

Lo que importa ahora es que se ha puesto en marcha y se ha hecho funcionar un orden constitucional escrito y comparativamente muy avanzado, que hace frente a las hostilidades antes implacables y violentas entre una y otra comunidad. El gobierno del Reino Unido jugó un papel relevante en su desarrollo, sobre todo mientras Mo Mowlam fue secretaria de Estado. Pero lo que hizo fue más «posibilitar» que decretar una solución, intentar sustituir o abandonar el viejo protectorado, más que darle una

vida nueva o «modernizada» (como muchos protestantes unionistas seguían deseando). Y lo más importante de todo, el resultado no es un sistema «británico» en el viejo sentido de la palabra. Es decir, que no depende de acuerdos informales, entendimientos entre colegas y refuerzos de la mítica soberanía de la corona del Reino Unido. Por el contrario, se inclina hacia la forma republicana y el constitucionalismo moderno. Ésta es la razón básica por la que los unionistas desconfían de él. El chantaje moral y las apelaciones a la tradición se harán mucho más difíciles ahora. Depende claramente, y en cierto sentido normalmente, de reglas formales y exactas, de una saludable desconfianza entre los cuadros gobernantes, y de una deliberada reducción de la «soberanía»⁴.

Se tuvo que negociar durante mucho tiempo entre intereses muy diversos y aunque tanto la República de Irlanda como el Reino Unido aportaron una contribución sustancial, la mayor parte del contenido del Acuerdo fue obra de los propios irlandeses del Norte, del mismo modo que la Ley sobre Escocia fue elaborada principalmente por los propios escoceses. Circunstancias externas como el final de la Guerra Fría, la evolución de la Unión Europea, los logros económicos de la República de Irlanda y los intereses electorales de la presidencia estadounidense pudieron ser también indispensables. Pero por muchas que fueran las condiciones necesarias, su suficiencia dependió de la voluntad y la posibilidad local. En Escocia esto se ha bautizado como la «voluntad asentada» de la población, tal como se mostró en el referéndum de 1997; en el Ulster hubo algo análogo, una voluntad de paz o de un arreglo alternativo, manifestado del mismo modo.

El Consejo de las Islas

El cambio en Irlanda del Norte, por lo tanto, fue menos «británico» y más original que los *new deals* escocés y galés⁵. Y su principal emblema fue la muy llamativa novedad constitucional que generó, algo a lo que ningún sobrio politólogo o legislador constitucional habría puesto su firma poco tiempo antes. Conllevó un cambio bastante grande en las reglas no escritas del constitucionalismo británico sobre una provincia británica, naturalmente. Pero también añadió a esto una notable proyección hacia el futuro. Fue como si la propia extremosidad de Irlanda del Norte –teatro de un conflicto étnico infinitamente peor que nada de lo que se haya

⁴ Véase Brendan O'LEARY, «The Nature of the British-Irish Agreement», en *NLRI*, 233 (enero-febrero de 1999). EL profesor O'Leary ha puesto al día más tarde ese valioso informe acerca del nuevo sistema. Como puede comprobar inmediatamente cualquier lector, describe un universo político totalmente diferente al habitual proceder constitucional en el Reino Unido.

⁵ Aunque más «original» quiere decir aquí más «normal», como señala Arend Lijphart en su reciente panorámica de las constituciones democráticas del mundo, *Patterns of Democracy: Government Forms and Performances in Thirty-Six Countries*, New Haven, CT, 1999. El «modelo» de Westminster se ha quedado confinado, indica Lijphart (sin mucha tristeza) al propio Westminster y el pequeño Estado isleño de Barbados (250.000 hab.). La Nueva Zelanda del profesor Pocock abandonó ese barco en 1996.

visto en la Isla Grande ni en ningún otro lugar al oeste de Trieste desde 1945– hubiera acabado por producir un resultado ideológico igual de extremado, imprevisto. Propició la aparición de una comunidad imaginada desconcertantemente diferente de cuanto se almacenaba en el arsenal político del viejo Estado británico.

Me refiero, naturalmente, al «Consejo de las Islas». Bajo la «Triple Cadena» del Acuerdo de Viernes Santo de 1998, se creó el «Consejo britano-irlandés» (para darle su nombre oficial) como una forma de tranquilizar a las sensibilidades protestantes de la provincia, en el contexto del actual programa de descentralización del gobierno. Sucediera lo que sucediera en Escocia, Gales e Inglaterra, sugería que siempre existiría Gran Bretaña, a la que esa comunidad podría pertenecer y recurrir. Todos los gobiernos y organismos gubernamentales iban a estar representados en él, entre ellos las instituciones de la isla de Man y de las islas del Canal y los nuevos parlamentos, así como los dos Estados independientes. Se suponía que debía de promover «el desarrollo de la totalidad de las relaciones entre los pueblos de estas islas». Aunque esta frase podía significar cualquier cosa o nada, dejaba al menos las puertas abiertas, por ejemplo para representar y promover las comunidades no territoriales «de estas islas», como las culturales y lingüísticas de los *gaeltacht* irlandeses y escoceses, los nómadas o (por lo que a mí se me alcanza, si bien no se las menciona como tales) las poblaciones inmigrantes.

En este contexto puede no ser ocioso recordar que la población que la «Triple Cadena» trataba de apaciguar, los protestantes del Ulster, es también una «comunidad inmigrante». Puede que lleven allí mucho tiempo, pero todavía se las conceptúa como tales por parte de la comunidad más autóctona, la irlandesa (o católica). Y más importante aún es que todavía les inquieta, al cabo de tres siglos, la pregunta *¿quiénes se creen que son?* en un sentido parecido al de Yasmin-Alibhai Brown. Su respuesta habitual, «Británicos» (con la B mayúscula más grande que quepa imaginar), no ha alcanzado grandes éxitos en el intento. Algunos de ellos al parecer todavía siguen hablando si se les presiona de «regresar a casa» si Irlanda se une más, lo que suele querer decir «Escocia». Aunque nadie puede, bajo la normativa de la Unión Europea, impedir a uno de sus ciudadanos que se traslade y se asiente donde quiera, parece haber pocos en el Ulster que entiendan que una repatriación *en masa* sería tan bien recibida en la actual Escocia como lo habría sido la de los *afrikaaners* a los Países Bajos en (digamos) la década de 1980, sobre todo si tal inmigración fuera proféticamente dirigida e inspirada por gente como Paisley. Ningún Parlamento escocés imaginable toleraría la reintroducción de la política redencionista de la Orden de Orange ⁶.

Aunque es posible que el Consejo propuesto llegue a significar muy poco en la práctica, y es seguro que elementos de la Autoridad Central desean

⁶ La referencia más útil al respecto es el reciente libro de Tom DEVINE sobre la historia de las ideas y agitación anticatólica en Escocia, *Scotland's Shame*, Edimburgo, 2000.

intensamente que así sea, de hecho no es probable que desaparezca, debido a la cantidad de intereses creados que favorecen su mantenimiento⁷. Aunque no habían sido informado con antelación, los gobiernos Man, Jersey y Guernsey lo apoyaron calurosamente, al igual que los movimientos nacionalistas de Gales y Escocia, lo que ya era más sorprendente, así como las administraciones del Nuevo Laborismo. Más importante aún es que el gobierno de Dublín se mostrara muy orgulloso de él; contempla el Consejo (y otros aspectos de la estructura del Acuerdo, como la Conferencia Intergubernamental permanente), como una forma de influir sobre Londres a largo plazo. Esto sería tanto más importante si el gobierno de Westminster cambia de rumbo (como es seguro que ocurrirá) y surge algo más pasado de moda. Cuanto más fuerte y variado se haga entretanto el Consejo de las Islas, menor será la probabilidad de que el terco esfuerzo de los protestantes del Ulster conduzca a un regreso a la situación anterior apoyándose en esos rasgos pasados de moda.

Mutaciones provocadas por la devolución

Como para los nuevos gobiernos y los partidos nacionalistas en Edimburgo, Cardiff y Belfast, sus motivos son muy evidentes: un Consejo de las Islas les conferiría un nuevo *status*, en absoluto equivalente a la independencia pero mucho mejor que el aburrido viejo provincialismo o, su repintada variante, el «regionalismo». Como reitera pacientemente Pocock en su artículo: «Lo que distingue a una región es que no es un Estado». Sin embargo, hay también muchas «regiones» (provincias, etc.) que van por el camino de convertirse en Estados, sabiendo lo que puede ayudarles u obstaculizarles en esa trayectoria. Desde ese punto de vista el Consejo de las Islas se concibe como algo que no sólo no les impide llegar a ser más independientes, sino que incluso les puede ayudar a avanzar por esa vía. La «devolución» en su sentido original pretendía por supuesto apuntalar la autoridad del Centro. Pero una la asociación laxa de gobiernos que promueva explícitamente iniciativas de sus miembros es algo muy diferente. Sólo tiene sentido si se supone cierto tipo de cuasi igualdad, donde un representante de la Casa de Llaves Douglas o de la Asamblea Nacional de Cardiff tiene los mismos derechos que un miembro de la Cámara de los Comunes (y cabría esperar que un pelín más que uno de la Cámara de los Loes).

Así pues, diría yo, tanto la redefinición de la soberanía inherente a los nuevos acuerdos del Ulster como sus estructuras de apoyo, como el

⁷ Lo que quedó de manifiesto, involuntariamente, en la última reseña de Donald Dewar de *After Britain (Scotland in Sunday* [16 de enero de 2000]). El primer ministro desaprobaba paternalmente «la atmósfera de irrealidad que rodea las opiniones del autor [...] ¿Quién, aparte de él, cree que el Consejo britano-irlandés “pretende modificar profundamente, e incluso suceder, al Reino Unido?” De hecho, el Sr. Dewar, como la mayoría de los demás unionistas, consideraba todas las formas de descentralización como modificaciones superficiales destinadas a sostener al Reino Unido.

Acuerdo británico-irlandés, sugieren, aunque sea de forma parcial u oscura, algo muy diferente y potencialmente mejor que el viejo Estado imperial. El profesor Pocock afirma que «la propuesta de Nairn no es redefinir lo “británico”, sino hacer de ello tabla rasa, dando por sentada su incapacidad para adquirir ningún nuevo significado». Tengo algo que objetar, y supongo que la mayoría de los habitantes de Escocia, Gales y los demás países concernidos también. Nuestro interés colectivo en las Islas es demasiado grande para que la mayoría de la gente esté pensando en hacer tabla rasa. Una cosa es rechazar un Estado imperialista arcaico, y otra muy distinta renunciar a cualquier arreglo alternativo. El viejo techado político común, o si se me permite la palabra, la «cúpula» bajo la que vivíamos era multinacional por la fuerza de los hechos, no porque así se hubiera convenido. Titubeaba o se inclinaba en esa dirección porque la existencia de diversas naciones en las Islas, y la pretensión de cooptar a otras por todo el ancho mundo, no dejaba otra posibilidad. Su forma-Estado se encontraba condenada al elitismo de clase y a la monarquía por razones muy similares. Pero en sus últimos estertores, bajo el liderazgo de Blair, obligada finalmente a resolver su problema histórico y étnico más pertinaz, ha acabado por mostrar algo diferente, allí donde el viejo tejido estaba más desgastado y transparente.

Un análisis parecido podría hacerse de los acontecimientos políticos en Gales y Escocia desde 1997, que mostraría que la «devolución» comenzó casi inmediatamente a mutar en algo del todo imprevisto, pero no es éste el lugar para desarrollarlo. Por otra parte, cualquier desviación que se observe tiende a acelerarse y a escapar a cualquier posible control. La devolución a Escocia y Gales tardó en madurar toda una generación. La última ola de disturbios en Irlanda han durado treinta años. En el caso del alcalde de Londres, en cambio, se pasó en un suspiro del plan inicial (si es que lo había) a su fracaso total. Desde el punto de vista del gobierno, la catástrofe se había producido incluso antes de que comenzase la campaña electoral.

Así pues, algo novedoso está surgiendo. No lo llamaré «nuevo» por respeto a la lengua inglesa. Ninguno de cuantos han pasado por el baño de espuma de los últimos tres años podrá llamar «nuevo» a nada sin cierto soniquete de ironía o sarcasmo. Del mismo modo que nada volverá a ser «tercera» (cabe esperar) salvo en un sentido sosamente numérico. No, esa novedad de la que hablo es sólida y flota en el aire. Tiene cada vez menos que ver con la ideología partidaria y con sus correspondientes esquemas burocráticos.

Pero la materialización de su potencial requiere dos cosas. Ambas me parecen esenciales en la situación actual, y ninguna de las dos (lamentablemente) parece que pueda surgir de las ideas de reforma que le quedan al actual gobierno del Reino Unido. Se trata, en primer lugar, de alguna representación de Inglaterra en la nueva política británica; y en segundo lugar, de un impulso a la consolidación del reemplazo de la «cúpula» cons-

titucional de los viejos tiempos por una constitución multinacional escrita. Sin esas dos características, estrechamente relacionadas, la situación de las naciones podría ciertamente deteriorarse, y hasta deslizarse hacia el pavoroso guión de las «cuatro naciones» que mencionaba al comienzo. La «tribu blanca» debe tener representación, en parte porque ya no es tan blanca, pero también (y con mayor importancia, debo decir) porque la palabra *británico* no tendrá sentido nunca sin ese componente.

El paciente inglés

Lo anterior plantea el problema de la identidad inglesa –¿quiénes se creen que son o quieren ser?, etc.–. Pocock me acusa de carecer de respuesta para esas preguntas y de burlarme indebidamente de las soluciones propuestas. Pero (y supongo que les aliviará el saberlo) no voy a emprender aquí otra exploración de esa sagrada cripta. En cualquier caso, de tales indagaciones no acostumbra a salir nada en claro, como demostró convincentemente *The White Tribe*. Cuando el ataúd se abre crujiendo y el mohoso cadáver se alza de él lastimeramente, suele mostrar una lista de algún tipo en su estremecida garra. Allí están supuestamente inscritas las credenciales de la nacionalidad, que invariablemente nos recuerdan la letanía de inglesadas de George Orwell en *El león y el unicornio*: cabinas de teléfonos rojas, pasteles de sebo, *bobbies* desarmados, monjitas que pedalean por el barro, la baronesa Jay, *fish and chips*... y demás lugares comunes. Esas listas se basan en una curiosa pero importante superstición, la de que lo que constituye a las naciones es un haz de idiosincrasias étnicas, gastronómicas y de costumbres. Una población a la que le falte el haz de atributos correcto no tiene derecho a figurar en esa categoría. A menos que muestre inmediatamente una etnicidad satisfactoria, se puede volver a clavetear tranquilamente en su ataúd.

Las consecuencias de tales creencias son alucinantes. Por ejemplo, está bastante claro que si el gobierno de la isla de Man pasara a engrosar la lista de candidatos a incorporarse a las Naciones Unidas, dada la política de admisión desde finales de la década de 1980 se la recibiría seguramente con los brazos abiertos. Siempre, claro está, que el Tynwald⁸ hubiera tomado la precaución de abjurar antes del Reino Unido. Pero si se tratara de una delegación inglesa, representando al 80 por 100 de la población britano-irlandesa, el tipo de la cripta del que hablábamos antes parecería por supuesto enarbolando su lista de rasgos nacionales. A la puerta, algún sosias de San Pedro la examinaría entonces, sacudiría tristemente la cabeza como un legendario *bobby* británico, y declararía: ¡Lo siento, señor/a... en su solicitud de entrada falta un poco más de etnicidad! ¡Váyase a casa e inténtelo de nuevo dentro de algún tiempo!

¡Por Cristo bendito! No está de más una blasfemia, ya que la razón por la que cualquier sistema británico o de las Islas razonable, algo parecido al

⁸ El Parlamento de la isla de Man. [N. del T.]

Consejo de las Islas, precisa una representación inglesa, no tiene *nada que ver con la etnicidad*. Es una cuestión totalmente política y con lo que tiene que ver es con el carácter renovado de la estatalidad en el mundo que ha sucedido al de la Guerra Fría. Por decirlo de otra forma, es enteramente una cuestión de nacionalismo civil o constitucional, y no de una identidad nacional étnica, pseudoétnica, fingidamente étnica o (francamente) no étnica. El problema de Irlanda del Norte se ha acometido haciendo uso de lo que uno podría denominar una constitución antipopular. Las bufonadas *völkisch* han desempeñado un papel muy limitado en la consecución del autogobierno escocés y menos aún (me parece) en el caso galés de lo que la mayoría de los observadores han apreciado. En cuanto al inescrutable misterio de la «inglesidad» à la Enoch Powell, seguramente hallaría su lugar en un museo de antropología social, más que en la política emergente de la real Inglaterra postimperial.

Lo que importa es simplemente que ningún orden nuevo en las Islas ni ningún reelaborado acuerdo británico o britano-irlandés será realmente posible mientras el gobierno de Westminster siga representando, no al 80 por 100 de la población de las Islas, sino igualmente *a casi todos los demás*. De hecho a todos los demás excepto a la República de Irlanda y los tres microestados. Así, los representantes de la Asamblea de Gales se supone que dialogarán bajo esos nuevos acuerdos con los representantes de un gobierno británico que puede suspenderles, si así le peta, en un abrir y cerrar de ojos, como ya lo ha hecho en Irlanda del Norte. Su Majestad seguirá controlando toda la operación, junto al gobierno de la República. Desde el punto de vista de Whitehall, esto puede parecer absolutamente natural, pero eso se debe a que alguna gente de allí todavía vive en una caverna tan vieja como el tiempo; y algunos de ellos están en el gobierno. Siguen suponiendo que prevalecerán el sentido común y el trabajo sensato de los comités y que no se les puede escapar nada de las manos.

Ahora bien, eso puede suceder en cualquier momento. Como hemos visto de nuevo en la política de la ciudad de Londres, el antiguo centro de poder ha declinado demasiado para que las panaceas habituales sigan funcionando. Seguir apelando a la britanidad de esa forma es algo desesperado, y dado que farsa y tragedia se suceden mutuamente, podría llevar fácilmente al desastre. Eso, más que el nacionalismo de la periferia, podría llevar a la contienda antagonista entre las «cuatro naciones» que mencionaba al comienzo. El viejo Estado, en su manifestación blairita, ha desencadenado innegablemente una serie de grandes cambios. Pero desgraciadamente cada vez hay menos razones para creer que sea capaz de desarrollarlos o completarlos de la forma positiva que mucha gente aún espera. De hecho, hay razones suficientes para temer que suceda exactamente lo contrario: que se arrepienta de tales desarrollos e intente agarrarse al sillón apelando a la sensata labor de los comités, a ofensivas de relaciones públicas, y a oportunos folletos de propaganda. En otras palabras, «estabilización» tal como ordena la Divina Providencia, con la adecuada renovación de las tradiciones monárquicas y de otras semejantes.

La apuesta unionista

Pocock insiste en la primacía de las relaciones britano-irlandesas, con lo que estoy de acuerdo, pero omite totalmente lo que constituye sin duda el rasgo más peligroso, incluso mortal, de esas relaciones: el anacronismo de la parte británica. La corte de Blair actuó con mucha energía en la construcción del proceso de paz, de acuerdo; pero tuvo que hacerlo *como sustituto* de cambios igualmente radicales en su propia constitución. El carisma personal y un descenso dramático en las ventas reemplazaron a la democracia en el Reino Unido. En consecuencia, ambos tipos de irlandeses votaron inteligente y clamorosamente en favor del acuerdo, mientras que en Gran Bretaña nadie votó por nada. La Vieja Corrupción se comportó como es debido, pero luego volvió a ser quien era, el soberano antañón dispuesto a meter en el congelador toda la operación durante meses a instancias de un líder unionista del Ulster. Esto tranquilizó a los ultras protestantes mucho más que cualquier consejo britano-irlandés, ya que podía tomarlo como prueba de que en la patria no se había producido ninguna alteración sustancial. Gran Bretaña no está en Irlanda del Norte porque así lo haya pedido el electorado británico, ni por derecho de conquista y *droits du Seigneur*, como en Gales, ni por una negociación medio comprada y medio olvidada entre las elites, como en Escocia y las Posesiones de la Corona [Guernsey, Jersey, isla de Man]. No, una vez que había renunciado en el Acuerdo Anglo-Irlandés a los «intereses estratégicos y comerciales» sólo permanecía allí porque *noblesse oblige*, tratando de salir de allí de la forma menos perjudicial posible, de acuerdo con Dublín y contra los deseos (inevitablemente) de muchos protestantes.

Toda la habilidad y buena voluntad puesta en los acuerdos de Belfast difícilmente podrían funcionar a menos que en algún momento se hiciera frente decisivamente a la comunidad unionista del Ulster, obligándola a renunciar a la protección del gobierno de Westminster. Obviamente, era deseable que esto no se lograra militarmente –como podría haber hecho Londres en Drumcree⁹ en cualquiera de las tres anteriores «manifestaciones». Sin embargo, eso implica que habría que hacerlo «políticamente», lo que en realidad significa *constitucionalmente*. Ahí está el meollo del problema: el tema de la inevitable confrontación es también el de mayor debilidad de Gran Bretaña. ¿Cómo puede el gobierno de la Corona seguir haciendo cambios constitucionales decisivos para otros, al tiempo que los rechaza para sí mismo? Las bravatas y fulgores del blairismo sólo han servido para ocultar esa inercia decisiva, la voluntad (como escribió A. J. P. Taylor de los Habsburgo) de «pervivir en la grandeza» por los siglos de los siglos.

El unionismo del Ulster tiene ese mismo instinto de pervivencia. Su obstinación en símbolos tales como la Corona expresa una convicción racional

⁹ Parroquia del distrito de Portadawn donde la Orden de Orange conmemora anualmente su «liberación» por Guillermo III en la batalla del Diamante, 12 de julio de 1690. [N. del T.]

de que la partida no ha terminado, al menos por el momento. Después de todo, mientras permanezca el *ancien régime*, un gobierno más convencional puede sustituir al actual. Con William Hague o con algún otro, los protestantes podrían contar entonces con un largo respiro, librándose de la obligación de compartir el poder con sus enemigos y de la sumisión (tal como ellos la entienden) hacia el creciente predominio de Dublín. El aspecto «letal» de todo esto es que un Reino Unido cada vez más débil y decadente será simplemente incapaz de asumir el retorno a las condiciones de Protectorado que desean los unionistas. La *noblesse* está ya muy desgastada en estos días, y es poco probable que quede algo después del blairismo. Aunque el Reino Unido no sea una democracia constitucional, sí es un sistema toscamente representativo, de forma que para el 2005 ó 2010, digamos, la actitud con respecto a Irlanda del Norte es probable que se haya convertido en una cuestión central de la política británica (como nunca lo ha sido en las tres últimas décadas), y ya sea en un referéndum o en unas elecciones generales los ingleses, escoceses y galeses tendrían que decidir sobre la permanencia o retirada de Irlanda. Unas de las características fundamentales, aunque poco mencionada, del dilema britano-irlandés es que no hay nadie, ni en Londres ni en Dublín, que tenga la menor duda de lo que resultaría de semejante votación.

Así pues, cuando el «hombre del rey» les dice a los unionistas que «no hay otra alternativa», que el Acuerdo de Belfast es a la vez verdadero y falso. Peter Mandelson quiere decir con eso que no hay en el horizonte de nadie ninguna otra versión del autogobierno. Pero la prolongada carencia de constitucionalismo británico (que él y su amo representan) deja todavía abierta otra vía: la oposición al autogobierno por parte de una facción resueltamente ultrabritánica que llevaría finalmente al apocalipsis, a ese desamparo que los protestantes siempre han temido y que ahora parecen estar buscando por despecho.

No; para que haya progreso se necesita una nueva revolución, que dependerá de una reforma constitucional más radical del propio centro. Por eso se necesitan ambas cosas, la representación de Inglaterra y una ingeniería constitucional inteligible, y conjuntamente. El profesor Pocock parece sorprenderse de que un nacionalista escocés pueda apoyar ese objetivo multinacional. Pero de hecho la mayoría de los nacionalistas han estado en general a favor de propósitos de ese tipo. Equivocada o acertadamente, el SNP ha solido vincular la independencia a una «Asociación de Estados Británicos» (ésta era la fórmula acostumbrada) en cuyo interior se podrían redefinir los valores y objetivos comunes. «Redefinir» quiere decir necesariamente, en el contexto que se está creando, «renegociar». La negociación es algo que se da entre iguales. No es como la «consulta» debida a la buena voluntad de la autoridad o el Estado dominante. Por eso la independencia de las diversas partes de una Gran Bretaña renegociada es una condición *sine qua non*, y por eso probablemente los objetivos de la Carta 88 son mucho más importantes para todos los habitantes de las Islas que lo eran cuando se creó esa organización hace doce años.

Resentimientos regionales

Se dice a veces, como respuesta, que la mejor fórmula para incluir la identidad inglesa en cualquier nuevo acuerdo sería una representación regional, más que de toda Inglaterra. Tal como se suele plantear, eso corre el riesgo de implicar un retorno al país de los borradores. El documento original de Jack Straw acerca de la política regional de Inglaterra, *A Choice for England* (1995), sugería la posibilidad de la elección de gobiernos regionales, y les invitaba a hacer propuestas y a pedir el apoyo popular. Blair lo respaldó en aquel momento, diciendo que el problema era que «no había ningún consenso con respecto a las asambleas regionales en Inglaterra. No podemos comprometernos a hacer algo hasta que esté claro que existe un apoyo y una presión en su favor».

Era obvio, sin embargo, que no iba a surgir ningún tipo de «consenso» sobre tal cuestión, y que no se iba a producir tal «apoyo y presión» amplios. En muchos aspectos era difícil establecer lo que se entendía por «regiones», la autoridad central no las podía crear de la nada, la gente no deseaba más políticos ni más burocracia, y todo este conjunto de objeciones se impuso, facilitando que desde 1997 el Proyecto quedara apartado. Sin embargo, eso implicaba que había quedado derrotado un anteproyecto, pero no la realidad del descontento y el resentimiento regional, que se han dejado sentir sin cesar, de la única forma que podían hacerlo, esto es, desigual y caóticamente (tal como había sucedido más o menos con el nacionalismo desde siempre).

Tan sólo hay una región que va muy por delante de las otras en su organización y en sus reivindicaciones, la gran conurbación del nordeste de Inglaterra en los valles del Tyne y del Wear. Cuando la visitó Darcus Howe al parecer no encontró a nadie que se sintiera «inglés» en el sentido del valle del Támesis o de la casita de campo. Debo decir aquí que mis propios contactos familiares con el antiguo reino de Northumbria tienden a apoyar ese juicio. Los geordias y los wearsiders sienten poca simpatía ya sea por Inglaterra o por Gran Bretaña, y parecen insensibles a los proyectos grandilocuentes del regionalismo en general. Es poco probable que reaccionen amablemente a las insinuaciones de que no pueden tener un parlamento norteño tras las próximas elecciones generales, a menos que Anglia oriental, Mercia oriental y occidental, Humberside, etc., «se mantengan a bordo» y se encaminen por la misma vía. Lo que desean es «algo parecido» a lo que ha sucedido en Irlanda del Norte, Gales y Escocia, y cuanto antes mejor. Desde el punto de vista del Nuevo Laborismo es muy insensato por su parte, pero también lo es el «desarrollo desigual», palanca crítica del cambio durante toda la era de la política moderna de las nacionalidades. El desarrollo desigual desbarata el sentido que cada uno pueda dar al «momento adecuado», y funciona así: lo que para unos es «pronto», para otros será «demasiado pronto» y para algunos otros «demasiado tarde». En el país de los modelos las cosas suceden cuando deben; en la historia casi siempre ocurren en el momento equivocado.

La cuestión es realmente bastante más sustancial. Tanto en Inglaterra como en otras zonas de las Islas se está generando un poderoso fermento de desintegración, como mucho semiplaneado y en la mayoría de los casos nada planeado ni previsto, impulsado por las crecientes presiones del desarrollo desigual entre el norte y el sur. Es algo intensamente urbano, en absoluto «étnico» en su perspectiva, y sobre todo económico y político en sus fundamentos. En otras palabras, se trata de nuevo de una disgregación, y no de algo que nadie, excepto los abyectos apologetas del *ancien régime* unitario, puede pasar por alto o rebatir. Desgraciadamente, la facción de los abyectos apologetas parece hallarse actualmente en ascenso, volviendo a ganar autoridad, quizá, tras los culpables excesos del período 1997-2000. Tengo que admitir que un buen montón de ellos son escoceses, o para decirlo con un término arcaico, *Scotch*. Los afortunados ganadores de un régimen difunto son los más renuentes a admitir la desaparición de las condiciones-circunstancias que en el pasado les vinieron tan bien.

Por mi parte acabé por formular, tras tantas condenas de los modelos ideales, otro modelo esquemático y paralítico. Podría entretenerme aquí en aclararlo y despedirme con una explicación igual de dudosa e inverosímil de por qué creo que podría funcionar, y (más asombrosamente aún) funcionar aquí, en las Islas llamadas britano-irlandesas, y precisamente ahora, cuando se inicia un nuevo milenio. Mis pensamientos al respecto han sido maravillosamente resumidos por la indagación de Francis Mulhern, también en *NLR* 5. En su considerada y vigorosa respuesta ensarta *After Britain* por su desprotegida panza: «La nueva Escocia democrático-republicana sería un miembro con iguales derechos del *postukaniano* Consejo de las Islas y de la Unión Europea», acepta Mulhern; pero...

[...] sobre el posible orden social del nuevo Estado, Nairn no parece tener nada que decir, ni siquiera de sus compatriotas escoceses, que son los evidentes o implícitos destinatarios de su libro.

Me declaro culpable, Señoría. En vez de otorgarnos clemencia, aquí tenemos a un juez que descarga implacablemente su macillo: «cualquier referencia a la nacionalidad es siempre una declaración codificada en favor o en contra de un estado de cosas sustantivamente social», de forma que evitar la cuestión es dar pruebas «de insuficiencia o elusión», debidas a «la insuficiencia del constitucionalismo como línea política». Aunque Mulhern es demasiado inteligente para caer en el viejo izquierdismo, al final acaba predicando una variante de ese mismo credo. Al menos –concluye–, la izquierda «plantea la “cuestión nacional” de la única forma no mistificada, que no es nacionalista ni nihilista: no se pregunta *¿se marchita nuestra nación?*, sino *¿qué tipo de orden social queremos “nosotros” para ella?*».

El acusado debe confesarse culpable, y tan sólo pide que se incrimine junto a él a otros varios miles de millones. En las condiciones actuales

nadie puede inventar otra fórmula plausible para el socialismo. En su presentación de la nueva serie de *New Left Review*, el editor escribía ¹⁰:

Lo común a todas estas visiones es la insinuación de que el capitalismo podrá ser invencible, pero que finalmente podría resultar soluble en las aguas profundas de mayores cotas de igualdad, desarrollo sostenible y autodeterminación, de modo que olvidáramos su existencia. De ser así, tales profundidades siguen siendo insondables...

La parte culpable reconoce esa insondabilidad, pero se niega a ponerse una venda sobre los ojos y declara que preferiría afrontar con los sentidos serenos, sus condiciones de vida reales y sus relaciones con sus semejantes. Cuando Marx y Engels dieron a conocer su alegato en febrero de 1848, no estaba claro si estaban haciendo una predicción a corto o a muy largo plazo. Pero ahora sabemos al menos que el plazo era extraordinariamente largo, que sus previsiones inmediatas resultaron fallidas, y que nos encontramos en las primeras fases de una convulsión mucho más vasta de lo que podía imaginar ni el más brillante adivinador del siglo XIX. La salida del Armagedón tras 1989 nos ha llevado al *boom* capitalista más largo de los tiempos modernos, en el que nuevas fuerzas de producción están generando cotidianamente cambios en todas las condiciones sociales, y los venerables prejuicios y opiniones de antaño quedan olvidadas y desdeñadas incluso antes de ser barridas. ¿Qué profeta se atreverá ahora a predecir el tipo de orden social genérico que los «nosotros» testigos de la época del genoma humano llegaremos a desear, o a ser capaces de crear?

En resumen, es el respeto que siento por el materialismo histórico lo que lleva a este autor al terreno del nacionalismo y del constitucionalismo republicano, formas resistentes de conciencia colectiva y que parece más probable que sobrevivan a la revolución informática y que sirvan para humanizar el «imperio de la sociedad civil». Mulhern cita su propia Irlanda como un ejemplo de lucha social y cómo ésta ha recompuesto el «imaginario nacional». Es una coincidencia afortunada que también para mí sea ése un ejemplo querido. Llegué allí en la época en que «los irlandeses» cambiaron de identidad. Al cabo de un año, poco más o menos, el imaginario nacional galvanizó a los que eran casi-simios vagando por los pantanos convirtiéndolos en seres realmente demasiado inteligentes. La paz rural quedó para siempre desbaratada por el teléfono móvil, y las sombras de la autarquía de las pequeñas propiedades cedió el paso a una muy próspera cruzada por la inversión extranjera. Al cabo de otro año más, aquel país se había convertido en el mayor exportador mundial de *software* para ordenadores. La última vez que estuve con los míos, fue para descubrir cómo una empresa estadounidense de tarjetas de crédito estaba construyendo allí su nuevo centro de telecontrol a unas pocas fanegas de distancia, la misma semana en que Microsoft anunciaba su decisión de concentrar en Dublín todas sus futuras operaciones en Europa y el Oriente

¹⁰ «Renovaciones», *NLR* 2 (mayo-junio de 2000), p. 13.

Próximo. Allí donde Flann O'Brien pudo en alguna ocasión mostrarse burión, sus descendientes aceleran sus BMW. Semejante hiperdesarrollo de lo que en un tiempo se llamó la «base material» superará con seguridad todas las formas de evolución superestructural.

Comunidades de ciudadanos

Sin embargo, de todo eso no se sigue que tales formas vayan a quedar para siempre superadas. Las «comunidades de ciudadanos» (en el sentido que da a esta expresión Dominique Schnapper) han demostrado ser, desde la Antigüedad, las más resistentes y adaptables, y el delito del que me acusa Mulhern («constitucionalismo») es también la suposición de que seguirá siendo así¹¹. El Acuerdo de Belfast, la reconstitución de Escocia y el «Consejo de las Islas» pueden entenderse entonces como importantes signos de cambio, de un reagrupamiento de las aspiraciones y el potencial políticos. En su autorizado planteamiento del nacionalismo moderno, Liah Greenfield asignaba un lugar de avanzada a Inglaterra tal como ella la ve, la forja de la modernidad política, impulsora de las revoluciones a escala nacional que nos llevaron a la modernidad¹². ¿Pero qué lugar análogo se le podría asignar hoy en día, dada la imposibilidad de derrotar a la «cúpula» y la «Cool Britannia»? Me parece como si hubiera aquí algún terreno común ente los ideales planteados en *After Britain* y los de Pocock y Mulhern. Inglaterra-Gran Bretaña en disolución, o bien caerá de nuevo hacia atrás, en la anarquía tardo-étnica, o será impulsada hacia el honorable destino de modesto ensayo de las «comunidades de ciudadanos» del siglo XXI. Las Islas, que desempeñaron un papel tan sobresaliente en la construcción de la «era del nacionalismo», podrían convertirse entonces en un ejemplo de algo totalmente distinto, esto es, de diversas respuestas políticas a la «globalización» posterior a 1989.

No se trata de «dirigir» a Europa o al mundo. De hecho, el Reino Unido depende en cierta forma de olvidar de una vez y para siempre las pretensiones de liderazgo, ese instinto inserto en su sistema nervioso, y todavía peligrosamente rampante bajo los impulsos del blairismo. En el escenario que se va conformando, Timor Oriental y Taiwán parecen tener mucha mayor importancia que Irlanda del Norte o el destino de la identidad inglesa. Pero esto no es una razón para la desesperación (excepto para los cuadros dirigentes incapaces de percibir nada que no sea la «pérdida de influencia»). En la nueva atmósfera aparecen oportunidades, modestas pero reales, y sus rasgos distintivos no serán muy diferentes de los evocados por Billy Bragg en las páginas del libro de Andrew Marra, *The Day Britain Died*. Para ese republicano inglés, «Gran Bretaña» es una

¹¹ Dominique SCHANAPPER, *La communauté des citoyens: sur l'idée moderne de nation*, París, 1994 [ed. ingl.: *Community of Citizens: on the Modern Idea of Nationality*, pref. Daniell Bell, New Brunswick y Londres, 1998.

¹² Liah GREENFIELD, *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Cambridge, MA, 1992.

etiqueta para ciertas cosas que tenemos en común, más que la bandera de un Estado omnipotente que nos abarque a todos:

Gran Bretaña es algo así como «nuestra calle»; somos nosotros y nuestros vecinos. No es nuestra casa, pero es nuestra calle y conocemos las casas de nuestros vecinos y vamos y venimos de una a otra. Incluiría también en esto a la República de Irlanda. Ya sé que ellos no se sienten parte de esa calle, pero yo los incluiría como vecinos que nos visitamos y tenemos tantas cosas en común.

«Cosas en común», hábitos comunes, y un consejo comunitario poco organizado en el que se están renegociando constantemente intereses comunes y se están resolviendo conflictos. Las «casas» pueden ser independientes en el sentido que da a ese término la ONU, o «dependientes por decisión propia», como los microestados británicos, o regiones electivas, o ciudades-región, o gobiernos locales sin-nada-de-particular. La casa inglesa seguirá siendo la mayor, pero no en un sentido especialmente amenazante, ya que el tamaño ya no es tan significativo. El Palacio de Westminster, rebajado y sin «tratar de golpear por encima de su peso» en la arena internacional, abandonará las armas de disuasión nuclear y se hará más popular renunciando a su puesto permanente en el Consejo de Seguridad. El problema acerca de semejante unión es que (como he dicho anteriormente) habrá sido negociada entre sus partes constituyentes, y seguirá siendo el terreno para un constante reajuste y renegociación. Su forma de existencia y decisión será realmente republicano, aunque haya todavía algunos monarcas como casitas para la mascota en algunas zonas del nuevo sistema. Será también muy legalista en el sentido estadounidense del término, debido a la proliferación de constituciones y al deseo básico de arreglar los conflictos de forma civilizada y sin dobleces.

¿Pero *por qué* está naciendo en torno de nosotros este incierto futuro? Ahí se presenta un enigma todavía más profundo que sería erróneo esquivar, aunque no se le pueda dar respuesta. Sólo puede ser porque desde 1989 el mundo ha cambiado mucho más de lo que se creía entonces, y a un nivel histórico mucho más profundo. Entonces comenzó a derretirse algo más que la propia Guerra Fría. La desaparición de aquel *glacis* ha dejado algo tras de sí, originando un terremoto mayor cuyos contornos tan sólo estamos comenzando a percibir. Nuestra situación actual se ha convertido en algo parecido a la de los viajeros del Libro Cuarto del *Pantagruel* de Rabelais, aquel perturbador episodio en el que las palabras se hielan en el aire y la llegada del buen tiempo vuelve a dejarlas al alcance de los oídos humanos.

Los viajeros del barco oyen repentinamente voces, que no parecen venir de ningún sitio. Algunos de ellos se aterrorizan y pretenden huir hacia la tierra más cercana, pero el capitán les explica todo con calma, refiriéndose a lo que allí había sucedido:

En los confines del Mar Helado, sobre el que a comienzos del último invierno tuvo lugar una gran y sangrienta batalla entre los arismaspianos y los nefelibates...

Durante aquel terrible conflicto empeoró el tiempo y cayó una helada tal que todos los sonidos, el estampido del cañón, los gritos, los choques de las armaduras, los relinchos de los caballos y todo el estruendo del combate se congelaron en el aire. El mundo calló, el significado se desvaneció y durante lo que pareció una eternidad nada cambió. Hasta que al fin terminó el melancólico invierno de la historia imperial y con el retorno del buen tiempo todas las palabras congeladas comenzaron a licuarse y a quedar libres en el aire como pájaros. Pantagruel encuentra un montón de palabras todavía heladas y las arroja sobre la cubierta del barco. Las recalientan en sus manos e intercambian bromas acerca de los pavorosos juramentos y los ecos de la distante batalla al fundirse.

He recordado con frecuencia esta historia recientemente, por ejemplo al leer *Who Do We Think We Are?* [¿Quiénes nos creemos que somos?], o al ver la película de Damien O'Donnell, *East is East*. En ella, el más pequeño de la familia, Sajid, decide quitarse la capucha protectora que ha llevado ininterrumpidamente durante años para protegerse de las insoportables tensiones de la mezcla de familias y culturas que ha rodeado su infancia. Entonces decide dejar de hacer callar al mundo, y en cierto sentido acepta las cosas como son (y a sí mismo). Se parece, pienso, a Inglaterra, aunque en cierto modo a una Inglaterra que todavía está por llegar, y que se encontrará a sí misma en un archipiélago de variedad y disonancias britano-irlandesas, con todo tipo de querellas todavía irresueltas, pero con un estilo democrático y abierto, del que habrá desaparecido la claustrofobia de Gran Bretaña junto con su falsa seguridad, su arrogancia hegemónica y su idiotez coronada.

Por eso el título que he dado a este artículo, «Adiós a Britannia», pretende ser también un saludo de bienvenida a una familia extensa muy diferente, y mucho más vivible, el tipo de familia al que la gente querría unirse (quizá la familia que muchos o la mayoría de los individuos desearían que hubiese sido la suya). Si no me equivoco, en la actualidad se observan al menos algunos signos de ese eventual resultado, más que de los sombríos pronósticos del fatalismo de las «cuatro naciones».